

# JUGAR a ser FELIZ



• DAYAN CAMBOA FLORES

**M**ana está irreconocible. Lo mismo sucede con Pablo y René, como si me hubieran dado a otros por ellos mientras dormía en el sofá. Se lo atribuyo a la edad y a sus malditos entresijos. Toda la vida por sí sola es muy rara.

Al otro lado de la ventana el sol ilumina una nueva ciudad. Estoy sentado en la cocina, pierna cruzada, con los túneles vacíos.

—Será por tu bien —me dice Mana, en tanto veo a los pájaros sorbiendo los gusanos del jardín.

—Exageran —digo.

No falta Pablo que llega en su apoyo:

—El papá de Diego ya no lo deja venir a jugar porque lo regañas mucho.

Luego de ese tipo de comentarios, agarro la mermelada de naranja junto al guisado y embarro mis mejillas. Es la única fórmula que me impide regarme con lágrimas.

—¿Ah, sí? —digo—, ni quién quiera ver a ese chamaco hediondo.

Pablo se va llorando a su recámara a contarle lo sucedido a René. Visten sus uniformes.

—Mira cómo están tus hijos —me dice Mana tratando de asear mi rostro, pero la rechazo contundente.

—¿Hijos? Los he escuchado cuando llaman a la puerta o cuando hablan por teléfono.

Nunca me acobardé si se trató de defender a mi padre. Es lo que Mana no comprende, como la vanaglorian y por su respeto son capaces de ahorcar al individuo más noble. No será culpa del ejemplo o de la herencia, es de la calle, de los amiguitos que se meten a tu casa sin dar el “buen día” obligado para todo ser pensante, sea cual sea su edad y educación. Por cobarde no les he caído a pellizcos porque en estos tiempos ya te pueden meter a la cárcel por corregir a tus hijos con un par de lecciones, y la cárcel...

En el instante que los pájaros echan vuelo me dirijo a la bodega. Mana me sigue, vigilando que no me haga daño con los muros y las mesas de decoración.

—Me hablas si necesitas algo —dice.

—Bien —comento abriendo el álbum de los setentas—. Agua y unos bizcochos de miel.

—Esos los hacía tu madre... Voy por el agua.

Veo las fotografías del zoológico, la de Martín y yo jugando carreras en la alberca del tío Enrique, la de mamá y papá celebrando la compra de su primer auto.

—Aquí está el agua y unas galletas que Irídea cocinó —escucho decir a Mana.

Mete el agua y el plato por un agujero de perro que le hicieron a la puerta para pasarme las cosas.

—Seguiré acá.

Ya no se me ofrece nada de ella. Pruebo las galletas de la tal Irídea... Son de avena, no tienen manjar ni miel. Las tiro al suelo y pienso que a veces la bodega se me hace grande, con las maderas y las cajas a punto de desbaratarse.

—Un cigarro —digo.

Mana me lo pasa, con encendedor y cenicero. Hago donas y todavía me salen bien.

Permanezco atado a los setentas, con las fotos de Guilmar, Acassuso, López y Santillana; la de Marcela. Yo tenía tantas fotos de ella pero el día que nos casamos Mana me las echó a la basura. “Basta de esa niña”, me dijo. Afortunadamente pude rescatar una y la guardé detrás de otra donde aparezco con Guilmar.

Marcela es hermosa: tez pálida, labios delgados y pecas debajo de los ojos. La conocí en el cumpleaños número cien del abuelo Lucho. Cuando estoy en su admiración, oigo que la mujer que quién sabe de dónde sale todos los días aconseja:

—Señora, hay cosas que deben remediarse de inmediato. Imagínese que en el futuro no lo tenga.

Yo con la foto de Marcela pegada al corazón y Mana suspirando intensamente.

Luego de darle dos ojeadas al mismo álbum abro el de los ochentas.

Mana e Irídea siguen hablando, se les une Consuelo que como cada semana ha traído un pastel para mí. Ella cree que sabe de repostería. Yo he querido comentarle que sus pasteles son de asco, pero Mana me lo ha prohibido, tanto que no me permite saludarla.

—Ricardo agradece estos detalles —dice Mana—. ¿Cómo está tu esposo?

—No lo puedo apartar de la computadora.

—¿Ya terminó el rompecabezas?

—Ni me lo digas, comadre, cinco mil piezas. Me dan ganas de escondérselo pero luego se pone como niño.

Siguen, y me parece extraño que Mana y Consuelo se traten de comadres. Quizá por la amistad; no le veo otro camino.

Me topo con las fotos de Samuel, Valentina y Manuel; la de mis padres adquiriendo su segundo auto, una camionetilla Jeep de segunda mano que trajeron de El Paso; la de Guilmar y yo en una mala briaga. Al avanzar aparece Carolina Ramos, que siempre se parece a Marcela, a su tono, al corte de cabello. Aunque claro, ella es una mujer de verdad. Son pocas sus fotos que termino de ver recordando las noches que entraba por su ventana y luego de hacer el amor me ponía nervioso de que su padre llamara a la puerta.

Finalmente llega Amanda, con quien me gusta hablar del futuro. “Todos los legisladores deberían leer a Rousseau antes de querer gobernar”, afirmo. Le fascina la voz de Ronnie James y la música de Zep. Desea ser psicóloga; sabe escuchar sin interrumpir, sin desatención, por lo tanto se le facilitan las relaciones humanas.

Concluyo con mi padre en tres patas, y no “las tres patas de la noche” con las que Edipo descifró el acertijo de la Esfinge.

Cierro el álbum. Las señoras siguen hablando.

—En un mes se te va a salir de las manos, comadre.

Pego la oreja a la puerta para escuchar pero no entiendo lo que dicen.

—Señora...

Mana no dice nada por el momento. Pienso: “No hay razón para que el mundo se agite de repente”.

Saco el álbum de los noventas, el que tiene estampillas de aviones en la pasta. Lo primero es un recorte de periódico que habla de la muerte de mis padres... Paso el trozo. Ahora embarro mis mejillas con los frijoles negros que están a mi servicio por cualquier eventualidad.

En las siguientes fotografías me veo solo recorriendo el país. Después vienen Guilmar, Acassuso y su esposa; Amanda y su novio Quiroz, un estudiante de filosofía. Todos acompañados y yo sin alguien que acabe con mi soledad.

Me observo fieramente en el espejo que exigí colgaran a un lado de la gaveta. “Lodo”, digo. Extiendo los ojos para distinguirlos de mi monstruosa caracterización... Vuelvo al álbum. Estoy junto a Mana en los matorrales de ciencias políticas, en bahías y diversos lugares. No están Guilmar ni Acassuso, tomaron otros caminos, uno el de los números y otro el de las letras. Ya no está Amanda. Ya no está Marcela y sus pecas: frutos de árbol dador. Ahora está Mana y su espalda curva, su cuello abrupto, sus dolores de muela... Luego viene René en el hospital; Pablo montando un caballo. Pronto venimos los cuatro en todas partes, mas yo en ninguno en soledad.

Antes de terminar cierro el álbum porque después el cerebro... El cerebro es un panal de abejas asesinas... Fueron injurias de personas de las que nunca hubiera sospechado. ¿Creyeron que lo primero que haría al poner pie en la cárcel sería suicidarme? ¿Pensaron que...? Eso los niños y los viejos.

Pego la oreja a la puerta. Irídea se va a la cocina. Consuelo y Mana siguen ahí con sus bramidos a veces queditos y a veces telúricos.

Alcanza la hora en que Pablo y René llegan de la escuela.

—A limpiar sus cuartos —les dice Mana.

—Obedezcan o no hay feria —los amenaza Consuelo.

Los niños se pierden.

Decido salir de la bodega cuando Consuelo y Mana parecen haberse ido lejos junto con sus voces. Limpio mi cara, abro la puerta y me tiro en el sofá, del lado donde están los tubillos de pintura. Pongo Juega a Ser Feliz con Estefan Bran. Miro atentamente sin que nadie juzgue mi fanatismo por la transmisión menos popular del país. Está Estefan con su gesto sandunguero y el moño rojo que lleva amarrado en la solapa.

La temática del programa es sencillísima: después de una breve introducción, Estefan toma prestados a seis miembros del público; los sitúa en una estela de teatro proporcionándoles cinco botecitos de pintura, dos pinceles y un espejo de rostro. Simplísimo, el que se pinte la mejor sonrisa en la cara gana un viaje al lugar que desee. Cuando pasan los quince minutos reglamentarios, los participantes son expuestos a los ojos de la audiencia y el público del foro vota para elegir al ganador.

Veo placenteramente el final del programa. Entonces, a los pocos segundos que Estefan manda a publicidad diciendo que al regreso dará los resultados de la votación, llegan Mana y los niños.

—Despídanse.

Siento que Pablo y René me abrazan, fríos, desalmados. Pienso: “Lodazal”.

Por fin aparece Estefan y cuando está por leer el papel que lleva en la mano, la televisión se apaga. Al instante salgo de la casa y subo a una limusina (todo es blanco para mí) en tanto con mi hermosa sonrisa les digo a Mana y a los niños —que aterrados me observan:

—¡Me voy a Granada! ¡Hasta pronto! ◆